



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XXI

Centro América, Enero-Febrero de 1966.

Número 212

Orientación

DIRECTRICES DE PAULO VI A LA IGLESIA IBEROAMERICANA

Un notable discurso de Paulo VI al Consejo Episcopal Latinoamericano.

Con ocasión del décimo aniversario de la creación del CELAM, Paulo VI habló a varios centenares de prelados y pastores de veinte países de habla española aprovechando su presencia en Roma durante la última Sesión del Concilio. Su discurso fué un verdadero programa de acción pastoral, denso y acuciante, digno de ser leído y meditado por todos, eclesiásticos y seglares. Por eso lo reproducimos aquí.

R E S U M E N D E L D I S C U R S O.

En síntesis, puede reducirse a estos cuatro puntos:

1.—RAPIDA EVOLUCION DEL CONTINENTE AMERICANO.—Sus trasiegos de gentes de nación a nación, el aflujo de las poblaciones campesinas a las grandes urbes, la necesidad de un creciente desarrollo de los centros de formación e instrucción, las ansias de justicia social, el influjo del marxismo ateo y de formas religiosas de propaganda anticatólica, constituyen los problemas señalados por el Papa, y que requieren de la Iglesia nuevas soluciones.

2.—LUCES Y SOMBRAZ DEL CATOLICISMO AMERICANO.—Entre estas últimas se hacen notar cierta falta de madurez completa, el influjo del laicismo en muchos gobernantes, la funesta lacra del divorcio que ha deshecho a la familia, la escasez y desigual distribución de los sacerdotes junto con la poca eficacia de las estructuras pastorales. Se añade la falta de medios materiales convenientes. Entre los elementos positivos observa el Sumo Pontífice cómo en Iberoamérica, los pueblos son buenos, profundamente religiosos y dóciles a la Iglesia, que goza en general de suficiente libertad de acción y tiene por ello grandes posibilidades de llevar a cabo una pastoral eficaz y dinámica. Necesita para ello preparar suficientes dirigentes eclesiásticos y seglares.

3.—OBJETIVOS DE ACTUACION.—Los Pastores deben asistir y confortar a los sacerdotes diocesanos y a los que providencialmente acuden de otras naciones. Deben cuidar de un modo especial del mundo del trabajo, de despertar vocaciones y atender a los seminarios, evitando peligrosos experimentos. Al mismo tiempo han de elevar a los seglares a la categoría de colaboradores, especialmente en la Acción Católica, como lo desea el Concilio. Los religiosos y religiosas constituyen una fuerza considerable que deberán apreciar y servirse de ella, coordinando sus obras. Del mismo modo no sólo han de procurar el incremento de las escuelas parroquiales sino tam-

bien el de los centros de enseñanza católicos y las universidades de la Iglesia, sin descuidar el atender a los alumnos de las universidades civiles. Impulsen y apoyen la multiplicación de los medios de comunicación social (prensa y radiodifusores), procurando influir asimismo en la prensa no católica. Concluye el Sumo Pontífice insistiendo en el cuidado especial de los jóvenes. Han de promover del mismo modo la paz y la justicia social, empeñándose en crear un clima de conciencia social. Finalmente, las parroquias han de transformarse en verdaderas comunidades eclesiales, aprovechando el excelente medio de la participación del pueblo en la liturgia.

4.—EL METODO.—Se ha de planear un programa de renovación, pero introduciendo las innovaciones con ponderación, dentro de los límites señalados por la autoridad legítima.

Notemos, para terminar, que el Papa evita cuidadosamente hacerse eco de algunas voces que se han alzado aquí y allá, defendiendo la necesidad de que la Iglesia secunde lo que se ha dado en llamar una "reacción revolucionaria", y menos aún el que se impulse a los fieles a formar en las filas de un determinado partido político.

He aquí el texto del discurso papal.

1.—Rápida evolución del Continente Americano.

Conocemos y seguimos con cierta preocupación aunque siempre confiamos en la indispensable asistencia de lo Alto, la situación de América latina en sus diversos elementos: religiosos, políticos, económicos y sociales. Más aún, estamos convencidos que es necesario tener un concepto claro sobre ella, pues toda solución que no tenga el concepto debido de esta compleja realidad corre el peligro de resultar si no ineficaz, inadecuada.

La América latina presenta una sociedad en movimiento, sujeta a transformaciones rápidas y profundas. Estas transformaciones son evidentes, en primer lugar, en la acentuada expansión demográfica que, a juicio de los peritos, siguiendo al ritmo actual, elevará la población latinoamericana a más de quinientos millones. Solamente este fenómeno repercute con graves consecuencias en todos los sectores de la vida y de forma especial alarma al pastor, que se pregunta qué puede hacer en concreto la Iglesia para acoger en su seno y preparar para una vida verdaderamente cristiana a los nuevos hijos —y son millones— que cada año se suman a su numerosa grey. En el pastor se da una primera postura, defender lo que existe, pero esto no es suficiente, sea porque lo que existe no es adecuado a la totalidad de la población y de las necesidades, o sea porque también lo que existe está invadido y trastocado por el movimiento y la transformación.

Un conjunto de problemas análogos entre si y en estrecha relación con la evolución a la que nos referímos y que atraen la atención del pastor proceden de otros diversos factores, como:

— De la inserción cada vez más rápida de la gente rural en la vida de las naciones; inserción debida a la misma transformación de la economía, y a los más avanzados medios de comunicación.

— Del flujo humano que rápidamente crea emigraciones internas, particularmente intensas en algunas regiones;

— Del urbanismo, que en proporciones cada vez mayores crea en torno a las grandes ciudades modificando su aspecto, verdaderos cinturones de población heterogénea por su formación y grado de cultura, atraída por las más fáciles ganancias que ofrece la industria. Dado que las ciudades no están preparadas para recibir un número tan elevado de nuevos habitantes, surgen gravísimos problemas religiosos y sociales, entre los que destaca especialmente la perniciosa promiscuidad de vida, debida a la falta de alojamientos.

Existe también otro hecho fuente de profunda separación entre los ciudadanos de la misma sociedad; por un lado los que tienen posibilidades de cultivar sus deseos de elevación intelectual y de perfeccionamiento humano, por otro aquellos que, aplastados por el analfabetismo, todavía muy extendido, no pueden alcanzar los beneficios de la cultura, incapaces también de conocer lo que es progreso y desarrollo humano y, por tanto, de colaborar en él.

En el plano estrictamente social hay que advertir que mientras la masa de la población adquiere una conciencia cada vez mayor de sus desastrosas condiciones de vida y alimenta un deseo irresistible y plenamente justificado de cambios satisfactorios, manifestando a veces de forma violenta, el creciente disconformismo que podría convertirse en amenaza para las mismas estructuras fundamentales de una sociedad bien organizada, no faltan aún, por desgracia, quienes permanecen cerrados al soplo innovador de los tiempos y que se muestran privados no solamente de sensibilidad humana, sino también de una visión cristiana de los problemas que se debaten a su alrededor.

En este estado de inquietud, de frustradas ilusiones y esperanzas no correspondidas, se infiltran fácilmente fuerzas que actúan peligrosa-

mente, tratando de **quebrantar la unidad religiosa y moral** del medio social hasta ahora tan fatigosamente mantenida. Entre estas fuerzas, prevalece en el sector económico-social, como la más dañosa y atractiva, el **marxismo ateo** que con su "mesianismo" social hace del progreso humano un mito, y funda todas las esperanzas en los bienes económicos y temporales; crea un ateísmo doctrinal y práctico; propugna y prepara la revolución violenta como único medio para la solución de los problemas; ofrece y exalta el ejemplo de los países donde ha afianzado sus ideologías y sistemas. En el campo religioso aparece de forma activa una **propaganda anticatólica** de diversas procedencias, que amenaza la unidad espiritual del continente crea dudas e incertidumbres, y hace desconfiar en la obra de la Iglesia católica, desorienta a los buenos, no siempre engendra una situación religiosa positiva, y si la crea es a costa y en perjuicio de la unidad católica.

2.—Luces y sombras del Catolicismo Americano.

a).—Sombras.

El continente latinoamericano se define como católico. Es su gloria y su fortuna. Este catolicismo, que tiene un peso numérico notable con relación a la comunidad católica del mundo, tiene por otra parte —y lo decimos con afecto solícito de padre— aspectos negativos, que denotan debilidad y falta de hombres y de medios. Se podría hablar de un estado de debilidad orgánica que manifiesta la urgente necesidad de revitalizar y reanimar la vida católica para hacerla más sustanciosa en los principios doctrinales y más sólida en la práctica. Se podría decir que **la fe del pueblo latinoamericano todavía tiene que conseguir la plena madurez de desarrollo**.

¿Cuál es, en efecto, la solidez, la capacidad de resistencia de la vida católica? ¿en qué estratos sociales se concretiza?; ¿cuál es su nivel de cultura?; ¿qué estadística hay sobre la observancia religiosa, sobre la moralidad familiar y las vocaciones eclesiásticas? Vosotros que conocéis los índices de la frecuencia media de Sacramentos y de asistencia a la misa en días de precepto y los gravísimos daños ocasionados a la familia por la **ley del divorcio** introducida en muchos países, encontraréis justificada nuestra preocupación.

Otro elemento que agrava la situación religiosa en América latina es la falta de hombres en el campo apostólico, sacerdotes especialmente. Se ha insistido siempre mucho, y con justicia, en el angustioso problema de la grave **penuria de clero**; el hecho es demasiado evidente como para subestimar su importancia. Convendrá ante todo volver a examinar los criterios

que se han seguido hasta ahora para utilizar más provechosamente las fuerzas que se tienen a disposición, y preguntarse, entre otras cosas, si siempre se ha mirado por la mejor distribución del clero, eliminando las desproporciones que en no raros casos existen entre el número de sacerdotes empleados en las grandes ciudades y los enviados al interior, y si siempre se ha provisto también el cuidadoso empleo del clero en actividades estrictamente apostólicas.

Lo dicho puede también aplicarse a los religiosos, que deben ser siempre fuerzas verdaderamente vivas en el apostolado mediante centros ejemplares e importantes de vida espiritual que hayan creado y sabrán crear.

Intimamente ligado con la **falta de hombres** está el nivel de eficacia de las **estructuras pastorales** en relación con las crecidas exigencias de hoy; se debe estudiar atentamente si son adecuadas y suficientes en las ciudades y en el campo y qué se puede hacer para polarizar nuevamente en torno a la Iglesia la vida de los modernos centros urbanos.

Hacemos notar, finalmente, la **falta de medios**, necesarios también para la Iglesia, aunque no sean la principal preocupación del pastor, que pone su confianza en la Providencia. Hay que examinar si la Iglesia se ha servido siempre de sus bienes para la comunidad y si no ha sufrido, en algunos lugares, el peso de bienes temporales improductivos, terrenos especialmente, que hoy ya no tienen la función de otros tiempos, y a los que sería conveniente dar un destino mejor. Es obligado, a este respecto, recordar —nos es grato dar público testimonio de ello— que algunos episcopados de América latina, animados y autorizados por esta Sede Apostólica, han puesto a disposición de los más necesitados de sus fieles grandes propiedades y terrenos de la Iglesia para una producción racional, comprometiéndose a seguir el proceso de transformación agraria.

b).—Luces.

En el examen que venimos haciendo es consolador, por otra parte, descubrir los muchos elementos positivos de marcado valor, que hacen más optimista la visión de conjunto y son motivo de esperanza segura para el pastor.

El pueblo es bueno y profundamente religioso por naturaleza; recibe con prontitud y magníficas disposiciones de ánimo el mensaje evangélico; está bautizado en la Iglesia católica, en ella quiere vivir, y se siente orgulloso de pertenecer a ella. En conjunto la Iglesia vive en un **clima de libertad y de paz** propicio para una labor provechosa; aparece como la fuerza eficaz, capaz de salvar al continente, con el prestigio

social y moral que posee. La Iglesia existe y tiene estructuras seculares, sólidas y respetables; todavía se siguen ampliamente sus movimientos; si hace oír su voz se la escucha ampliamente todavía; ella debe, por tanto, manifestar su vitalidad y valerse plenamente de sus grandes posibilidades de acción en una pastoral dinámica, que se adapte al ritmo de las transformaciones actuales. De esta forma la Iglesia no se sentirá nunca al margen, ni apartada de la vida de la sociedad en la cual, por mandato divino, está llamada a trabajar. La Iglesia debe atestiguar con los hechos que no sólo ha sido parte integrante en el proceso de formación de cada uno de los países de América latina, sino que quiere ser, hoy también, faro de luz y de salvación en el proceso de la transformación que se está realizando.

El pastor, por tanto, debe tener siempre los ojos bien abiertos al mundo, pues la observancia y la vigilancia evangélica deben continuar, porque el mundo cambia y es preciso saber satisfacerle sus aumentadas necesidades e interpretar sus nuevas demandas. Tendrá que servirse de la ayuda de los especialistas, teólogos y sociólogos, para preparar dirigentes capaces ante el clero y el laicado; promoverá frecuentes cursos de adaptación pastoral, invitando con espíritu de fraternal armonía a sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, a los que procurará enseñar los sólidos principios de la genuina espiritualidad pastoral, que fundamenta en la fe las raíces de su desarrollo. Conociendo exactamente las situaciones y la urgencia del trabajo, el pastor empleará amplia e inteligentemente los datos sociológicos recogidos y elaborados de acuerdo con las condiciones religiosas del país.

3.—Objetivos de actuación.

Todavía tenemos que examinar brevemente los objetivos principales de actuación que hay que promover en la comunidad cristiana por medio de las personas e instituciones con que contamos.

La principal obligación del pastor es asistir y confortar a sus sacerdotes, los diocesanos y los venidos de fuera para ayudar. Tiene que examinar si ha procurado siempre dirigir las energías de los sacerdotes del modo más eficaz, buscando ante todo conocer bien sus aptitudes particulares, ayudándoles y estando a su lado paternalmente en sus empresas apostólicas; si es solícito en confortarlos en las dolorosas crisis que puedan sufrir en la fe, en la vocación y en el espíritu, teniendo urgente necesidad de sostén y alientos y de ver nuevamente brillar en su mirada apagada con todo su esplendor y grandeza la altísima vocación que los ha llamado a colaborar en la formación de un mundo nuevo.

Providencialmente, como decíamos, contáis con la generosa colaboración de los sacerdotes procedentes de otras naciones; los cuales, sin embargo, tienen mentalidad y formación distinta a la vuestra; de aquí la necesidad de ofrecer directrices coordinadoras y unificadoras a su filial y dócil comprensión, con el objeto de evitar que la heterogeneidad de acción gaste en vano preciosas energías y haga también menos eficaces las más laboriosas tareas apostólicas.

El pensamiento del clero nos lleva de la mano, naturalmente, a las vocaciones eclesiásticas y a los seminarios. Diremos solamente unas palabras para subrayar el gran amor y solicita preocupación que el pastor ha de prodigar al seminario; será muy prudente en la introducción de nuevos métodos educativos y formativos, ajenos hasta ahora a la experiencia de la Iglesia y al ejemplo de los santos, y no intentando peligrosos experimentos que podrían comprometer el buen éxito de preciosas vocaciones, sabrá dar a los candidatos la formación apostólica específica que exige el ambiente de su futuro ministerio.

Y será constante en la búsqueda de vocaciones, estudiando los medios para despertarlas en las parroquias y en las escuelas católicas con una propaganda inteligente y discreta a través de la obra diocesana.

Son importantes las responsabilidades que hay que conceder a los seglares hoy en la Iglesia; el Concilio Ecuménico lo ha estudiado expresamente indicándoles su puesto y sus tareas. Corresponde, por tanto, al pastor saberlos escoger y elevar a la categoría de colaboradores especialmente en la Acción Católica, como también dar mayor carácter pastoral a los movimientos de apostolado que si no quedarían atrofiados y fallarían a sus objetivos. Los seglares deben suplir la acción del sacerdote y, en perfecta unión con la jerarquía, servir como avanzadillas en la transmisión del mensaje de salvación a la sociedad de nuestro tiempo, empapar sus estructuras, ennoblecerlas y empujarlas decididamente hacia adelante para favorecer, con el progreso integral de la persona humana y de la sociedad, el crecimiento del Reino de Dios.

Tributamos un deferente homenaje a la selecta escuadra de religiosos y religiosas que representan una fuerza considerable de la Iglesia en el Continente latinoamericano y nos alegra saber que son cada vez más numerosos los que allí acuden. Vosotros los apreciáis y solicitáis ansiosamente su colaboración. Pues bien, estas providenciales energías apostólicas deben encontrar su puesto adecuado en el plan diocesano de acción pastoral. Por tanto, venerables hermanos, al paso que os exhortamos a sostener y coordinar la obra de los religiosos y religiosas, encomendamos vivamente a éstos que correspon-

dan plenamente a la confianza que en ellos depositan los sagrados pastores, aceptando gustosos su invitación y colaborando con generosidad en todos los campos, aunque, en aras de un bien mayor, tuvieran que renunciar a sus puntos de vista e intereses particulares. Lo pide la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, último y único fin de toda actividad apostólica.

Igual que las personas, también las instituciones son para el apostolado. La Iglesia en América latina posee por fortuna una red de escuelas y universidades católicas propias, aunque no completa; les ofrecemos nuestro aliento y sostén; tienen una gran responsabilidad, por ello hay que mejorar el cuerpo docente, cuidar la sólida formación religiosa y moral de los alumnos, y buscar a la mayoría, con las oportunas facilidades económicas, especialmente en las escuelas elementales, que sería deseable tuviera toda parroquia.

Además la escuela católica debe aspirar a irradiar su benéfica influencia y a hacer llegar fraternalmente el influjo indirecto de los principios y programas católicos a todas las demás escuelas, sobre todo a las universidades, de las que depende la formación de la clase dirigente del mañana. Por ello hay que dedicar especial atención a la asistencia de los estudiantes, incluyendo a los de las universidades civiles, constituyendo centros de reunión, y si las circunstancias lo aconsejan, parroquias universitarias, como con éxito se ha hecho en algunas partes.

La acción intensa de evangelización que exige el mundo de hoy recurre entre otras cosas, en una forma más amplia que en el pasado, el empleo eficaz de los potentes medios de comunicación social; sin olvidar la prensa. Nos congratulamos vivamente al conocer que la Iglesia en Latinoamérica posee emisoras de radiodifusión propias; habrá que cuidar que respondan plenamente a los fines apostólicos que motivaron su institución. Los periódicos católicos, diarios y semanarios, son útiles instrumentos de difusión de la verdad, que hay que conservar y mejorar en contenido y presentación, para abrirles camino a un círculo mayor de lectores. También habrá que influir en la prensa no propiamente católica, que, por su mayor difusión, constituye un medio eficaz para hacer conocer el pensamiento de la Iglesia sobre los grandes problemas que afectan a la Humanidad. Se aprovechará, finalmente, las posibilidades que con frecuencia ofrecen a la Iglesia la transmisión de programas católicos a través de emisoras laicas.

Mediante un recto empleo de estos instrumentos la obra de evangelización de la Iglesia conseguirá su fin, no se limitará a determinados estratos, sino que abarcará como es su deber

a la comunidad entera con sus diversos componentes. La Iglesia, casa de todos y no de unos pocos privilegiados, está destinada a introducir en la masa humana la levadura capaz de mantener unido y elevar al mundo entero; no se contenta con la formación de especialistas en los diversos sectores del apostolado, sino que procura valerse de ellos para un trabajo apostólico cada vez de mayor irradiación.

En vuestra comunidad social los jóvenes forman la parte principal y a ellos se encamina de forma especial la evangelización. El número, las energías y problemas de los jóvenes sitúan en la primera línea de las tareas pastorales el trabajo, en masa o en grupos selectos, con la juventud. Es obligado e interesante. Luego habrá que dedicar especiales cuidados a los estudiantes que tendrán en la vida un papel especial y que por su edad están más fácilmente expuestos al peligro de influencias adversas. La Iglesia seguirá suministrando iniciativas concretas en la educación de base de los analfabetos, ofreciéndoles junto con las más elementales nociones escolares los elementos esenciales de la doctrina y de la enseñanza católica. En este sector son vuestro orgullo diversas obras, como la "Acción Cultural Popular y las Escuelas Radiofónicas" de Colombia y el "Movimiento de Educación Básica", del noreste de Brasil.

La Iglesia mira con amor, comprensión y confianza al mundo del trabajo, y el pastor ha de ser solícito en la asistencia moral y espiritual de los trabajadores, conociendo sus problemas humanos, secundando sus deseos de una promoción social, abriendo a su visión terrena de las cosas los horizontes cristianos, tan ricos en fermentos vitales hasta para su existencia diaria.

La pastoral de la comunidad deberá dedicar especial atención a una acción social específica. La conciencia de ser y querer ser hombre de nuestro tiempo nos hará conocer también la necesidad imperiosa y la justa medida de nuestra participación humilde pero sincera, en la solución de los problemas humanos del momento presente.

"Nuestra contribución a la paz.... decíamos a los padres conciliares al regreso de nuestro viaje de paz a las Naciones Unidas, será más eficaz y preciosa cuando todos nosotros, persuadidos de que la paz debe tener como fundamento la justicia, nos hagamos abogados de la justicia. Porque el mundo tiene gran necesidad de justicia, y Cristo quiere que tengamos hambre y sed de justicia" ("Osservatore Romano", 6 de octubre de 1955).

Y el aspecto social de la justicia es el que más afecta e interesa al mundo en general y al latinoamericano en particular, donde existen intensas y profundas diferencias.

El clamor doliente de tantos como viven en condiciones indignas de seres humanos no puede dejarnos impasibles e inactivos; no puede ni debe quedar, en cuanto nos sea posible, desatendido ni insatisfecho.

Debemos compenetrarnos solemnemente para que la Iglesia, siempre movida e inspirada por la **caridad de Cristo, que cierra el paso a las soluciones violentas**, sea consciente de su responsabilidad en la consecución de un sano orden de justicia social para todos.

El trabajo a realizar es delicado y arduo, la certeza de cumplir con ello un inaplazable deber pastoral nos proporcionará el necesario vigor evangélico.

Por tanto, debemos promover la **formación de una conciencia social cristiana** orientada hacia una solución generosa y solicita de los problemas; dé ejemplo la Iglesia con el cumplimiento de sus deberes sociales y con el **testimonio de la pobreza**; y, finalmente, procuremos que los organismos nacionales de Pastoral Social, nacidos, o por crear, bajo la dependencia de las Conferencias Episcopales, sean activos, vitales y bien dirigidos.

El CELAM puede desempeñar a este respecto un útil trabajo de coordinación, fomentando la unidad de acción en las cosas que la requieran, salvando la libertad de iniciativa y los métodos prácticos, que deben adaptarse a los factores propios de los diferentes países.

Sni embargo es preciso que sean claras y definidas las posiciones de la Iglesia ante el proceso actual de la social en la América latina. Acabamos de decir que es un deber de la pastoral el conocimiento del problema social; para cilo no basta con recordar la doctrina social de la Iglesia y enseñarla en abstracto; es preciso fomentar su aplicación en las situaciones reales que se vayan presentando, y traducirla en normas concretas de acción, delimitando oportunamente los campos de acción de la jerarquía y de los seglares.

La evangelización de los diferentes sectores ofrecerá la consecución del fin último, transformando especialmente las parroquias en **verdaderas y auténticas comunidades eclesiales** en las que nadie se sienta extraño y en la que todos sean parte integrante: los jóvenes y los ancianos, los pudientes y los menos pudientes, los intelectuales y los más lejanos y cerrados a la cultura; que todos se acerquen a las fuentes de la gracia alimentadas con inagotable riqueza por Cristo y hagan circular en la comunidad los frutos de la vida divina mediante el ejercicio

de una caridad viva y operante que ve las dificultades y corre presurosa y solicita donde hay que ayudar con urgencia a los hermanos.

De los factores que más directamente contribuyen a la formación de estas comunidades recordamos la sagrada liturgia con la renovada participación de los fieles en la celebración de los divinos misterios, de acuerdo con la constitución conciliar y las directrices para su aplicación emanadas de la Santa Sede. Los fieles, ofreciendo el mismo sacrificio, participando de la misma mesa y celebrando las alabanzas del Señor, con los mismos cantos, se sentirán verdaderamente una familia divina, pueblo de Dios peregrino hacia la celestial Jerusalén. Vosotros, venerados hermanos, ya habéis experimentado la eficacia pastoral de la liturgia, de la sacramental y pascual especialmente; sacad de ella recursos de formación y educación cristiana, de catequesis y de vínculo estrecho para la vida de la comunidad.

El método.

Finalmente, unas palabras sobre el método y los criterios en que el pastor sabio y prudente ha de inspirar la acción de una sana renovación espiritual. Los hemos recordado también en nuestra exhortación apostólica "Postrema Sessio", del 4 de noviembre pasado, refiriéndonos a las responsabilidades de los sagrados pastores en el periodo post-conciliar. En un **programa de renovación**, bien concebido en sus líneas principales, gradual y sistemático en su ejecución, el pastor mantendrá viva la fidelidad fundamental a las probadas tradiciones apostólicas de la Iglesia; reflexionará y procederá con ponderación antes de introducir cambios; preparará luego convenientemente el ánimo de los fieles para aceptarlos; no se dejará arrastrar por la crítica negativa, ni por la novedad en cuanto tal; mantendrá las innovaciones dentro de los límites señalados por la autoridad legítima; recordará también que es preciso saber amoldar con perspicacia "nova et vetera", acudiendo a las fuentes genuinas de la historia secular de la Iglesia, siempre guiada por el Espíritu Santo. Finalmente, recuerde el pastor que el trabajo pastoral ha de ser llevado con perseverancia, pues "produce sus frutos con la constancia" (Luc., 8, 15), y también dispuesto a dejar a los demás el fruto de su trabajo, porque "uno es el que siembra y otro el que siega" (Jo., 4, 37).